

# La cultura política en Colombia. Una lectura desde la narrativa urbana de Álvaro Salom Becerra<sup>1</sup>

## Political culture in Colombia. A reading from the urban narrative of Álvaro Salom Becerra

[Artículos]

Edgar Fernández Fonseca<sup>2</sup>

Recibido: 06 de noviembre de 2023

Evaluado: 12 de marzo de 2024

Aceptado: 30 de marzo de 2024

Citar como:

Fernández Fonseca, E. (2024). La cultura política en Colombia. Una lectura desde la narrativa urbana de Álvaro Salom Becerra. *Cuadernos De Filosofía Latinoamericana*, 45(130), 144-165. <https://doi.org/10.15332/25005375.9577>



### Resumen

En el presente artículo se rastrean algunas características de la cultura política de los colombianos, a través de las categorías de mito, autoritarismo, alienación y elitismo, a partir de un acercamiento a la narrativa urbana de Álvaro Salom Becerra. Se aborda el concepto de cultura política y se expone su recepción y desarrollo en América Latina, especialmente en Colombia. Luego se discute el potencial reflexivo de las confluencias entre filosofía y literatura para estudiar la cultura política, mediante un abordaje interpretativo a sus novelas. Se concluye que la literatura permite explorar nuevos modos de comprender las tensiones entre el poder y la cultura, y además promueve un carácter disruptivo que disloca la naturalización del orden social y favorece la instauración de acciones instituyentes.

**Palabras clave:** cultura política, narrativa urbana, mito, alienación, autoritarismo, elitismo.

<sup>1</sup> El artículo se deriva del proyecto de investigación: "Representaciones sociales sobre cultura política y derechos humanos en 12 organizaciones sociales de base de Ciudad Bolívar, Bogotá", que fue financiada en el año 2021 por la Corporación Universitaria Minuto de Dios.

<sup>2</sup> Candidato a doctor en Educación por la Universidad Antonio Nariño. Magíster en Investigación social interdisciplinaria y Licenciado en Ciencias sociales por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Filósofo por la Universidad Nacional Abierta y a Distancia. Integrante de grupo de investigación Construcción de Ciudadanía, Comunidad y Tejido Social - Crisálida. Correo electrónico: [edferfon@gmail.com](mailto:edferfon@gmail.com). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6685-0441>

## Abstract

Some characteristics of the Colombian political culture are traced, through the categories of myth, authoritarianism, alienation, and elitism, from an approach to the urban narrative of Álvaro Salom Becerra. The concept of political culture is addressed and its reception and development in Latin America, especially in Colombia, is exposed. Then the reflective potential of the confluences between philosophy and literature is discussed to study political culture, through an interpretive approach to his novels. It is concluded that literature allows exploring new ways of understanding the tensions between power and culture, also promotes a disruptive nature that dislocates the naturalization of the social order and favors the establishment of instituting actions.

**Keywords:** Political culture, urban narrative, myth, alienation, authoritarianism, elitism.

## Introducción

El estudio de la cultura política implica analizar el conjunto de saberes, creencias y actitudes que atraviesan la conformación de la subjetividad política, los modos en que se despliega en el entramado sociopolítico y el conjunto de pautas de orientación que la regulan. En este sentido, su análisis hace evidente la tensión entre las fuerzas sociales que buscan reproducir el sistema político (lo instituido) y aquellas que buscan transformarlo o dislocarlo (lo instituyente) (Retamozo, 2009). Por tanto, comprender las pautas de orientación cognitivas, emotivas y valorativas de las personas hacia el sistema político desde el horizonte reflexivo de la filosofía, implica adentrarse en una ontología del presente, la cual se vierte sobre la historia social y política, en los siguientes interrogantes: ¿Por qué somos como somos? ¿Cómo se manifiestan las tensiones entre lo instituido y lo instituyente en las relaciones entre poder y cultura? ¿De qué forma los encuentros y desencuentros entre la política (referida al quehacer y la administración de lo instituido) y lo político (entendido como campo de deliberación y transformación sobre lo común) afectan la configuración de la subjetividad política y modulan la cultura política?

Realizar un acercamiento a estos cuestionamientos mediante la lectura a los rasgos de la cultura política colombiana, a través de la literatura, no solo aporta a los debates entre el poder político y la cultura, sino que favorece la irrupción de acciones instituyentes que hacen de la filosofía una gramática social adscrita a la *praxis* de pensar sintiendo y sentir pensando.

En la obra literaria de Álvaro Salom Becerra<sup>3</sup> se pueden identificar los rasgos que caracterizan la cultura política en la perspectiva de una ontología política del presente, es decir, ilustra algunos elementos que permiten pensar qué nos hacen ser como lo que somos.

---

<sup>3</sup> Álvaro Salom Becerra (1922- 1987) fue un político, jurista y periodista colombiano. Exponente de la narrativa urbana de mediados de los setenta, sus obras hacen una crítica a los poderes establecidos, y utilizó la caricatura y el costumbrismo como elementos para ridiculizar las prácticas que predominaban en el sistema político colombiano. Entre sus principales obras destacan: *Don Simeón Torrente ha Dejado de...deber* (1969), *El Delfín* (1982), *Al pueblo nunca le toca* (1983) y *Un tal Bernabé Bernal* (1988).

Por ello, un acercamiento a su obra permite analizar algunos rasgos que caracterizan la cultura política de los colombianos, debido a que la fuerza de su narrativa urbana expone entre el hilo de la ficción y la realidad, algunas pautas de orientación cognitivas y emotivas, predominantes de nuestro sistema político.

En este sentido, el horizonte reflexivo que brinda su obra permite dar cuenta de los intersticios entre la literatura y la realidad política, lo anterior favorece la apuesta de Nussbaum (2014), para que toda sociedad reflexione, a partir de la literatura, sobre la estabilidad de su cultura política y la seguridad de los valores más estimados por esta en momentos de tensión y crisis. Además, el potencial disruptivo de la literatura brinda a la imaginación el poder para desplegar quiebres simbólicos que desnaturalizan el orden social instituido, por ende, impulsa la irrupción de acciones de carácter instituyente que posibilitan la transformación de la vida personal y colectiva. En razón a lo anterior, la narrativa de Salom Becerra promueve el despliegue de modos de apertura para la realización de prácticas de dislocación que afectan el entramado de la vida social.

Se realizó una investigación cualitativa con enfoque interpretativo. El abordaje se concentra en la revisión de la literatura sobre la cultura política en el contexto colombiano. Se recurre a las categorías propuestas por Óscar Mejía Quintana (2008; 2018): mito, autoritarismo, alienación y elitismo, en tanto referentes analíticos de la obra de Salom Becerra: *El Delfín*, *Al pueblo nunca le toca* y *Un tal Bernabé Bernal*.

## **Las trayectorias de la cultura política como objeto de estudio**

El estudio de la cultura política en occidente está atravesado por las diversas corrientes de pensamiento (Akaliyski, 2021) que han buscado superar la orientación funcionalista desarrollada por Almond y Verba (1970), que la identificaba como cultura cívica dentro de la democracia liberal. Así pues, para Greppi (2021), estos autores favorecieron la institucionalización académica del concepto. Su comprensión no se puede deslindar del carácter normativo y descriptivo que la caracteriza. Por su parte, Mejía et ál. (2008), consideran que el devenir de la cultura política se destaca por tres grandes momentos que recogen la diversidad de posturas teóricas y metodológicas que la han conformado en su trasegar discursivo.

El primero se caracteriza por la emergencia del concepto como subdisciplina de la ciencia política con influencia de la sociología funcionalista, al incluir en su método de análisis la tipología de orientación cognitiva, emotiva y valorativa de Parsons (1999) hacia el sistema político, en términos de conocimientos y disposición; los aspectos administrativos de la política y las personas como integrantes activos del sistema (Meyenberg, 2006). Esta mirada da como resultado una tipología de ciudadanías específicas que se entrecruzan

constantemente, a saber: la parroquial, en la que predomina la tradición cultural frente al sistema político, manifestadas en prácticas como la indiferencia y apatía con valores religiosos predominantes; la súbdita, que establece relaciones de subordinación con los agentes predominantes en el sistema, mediante prácticas marcadas por el clientelismo y la cleptocracia; y la participativa, donde se propician relaciones activas de interacción entre los sujetos hacia el sistema político.

El segundo momento surge como reacción a esta postura fundante (García, 2006; Schneider y Avenburg, 2015; Eufrazio, 2017), en la que se destacan cuatro posturas: 1) la crítica al determinismo cultural que orienta el trabajo de Almond y Verba, y sobre la cual los detractores cuestionan su etnocentrismo y algunos rasgos masculinos que predominan en el discurso; 2) la crítica a la Teoría de la Elección Racional enfatiza el carácter racional de las decisiones políticas y reduce el valor de la cultura en la producción de contenidos simbólicos; 3) la crítica marxista hace hincapié en el papel de las estructuras económicas y las relaciones productivas en el entramado de significados que conforman la cultura política; y, por último, 4) la crítica hermenéutica, marcada por la antropología estructuralista o por las miradas postestructuralistas, favorece repensar el concepto de cultura y sus relaciones con el poder en el ámbito de lo colectivo, a la luz de las producciones simbólicas y juegos lingüísticos en la construcción de significados.

Un tercer momento lo constituyen las respuestas a las críticas anteriormente señaladas, direccionadas por los pioneros del concepto. Allí se produce una redefinición que incluye el sistema de creencias empíricas y el conjunto de símbolos expresivos y valorativos que definen el contexto de la acción política (Almond y Verba, 1995; 2007). Se desarrolla una reorientación al término, influenciada por las movilizaciones y acciones ciudadanas, las cuales desbordan los estudios tradicionales que mostraban, de forma determinista, una crisis de participación; por el contrario, lo que se hace visible es que el estudio de la cultura política amplía el canon tradicional de participación e incluye nuevas formas de interacción que involucran a los movimientos sociales y la acción colectiva, por fuera de la lógica del Estado.

Las reacciones a la crítica de la Teoría de la Elección Racional ponen en entredicho los métodos tradicionales para medir cuantitativamente la cultura política, e incluyen miradas donde “el capital simbólico de los nuevos ciudadanos aumenta su participación en las viejas democracias” (Mejía et ál., 2008, p. 38), puesto que el capital social es resultado de un proceso de acumulación cultural que requiere la activa interacción entre el ciudadano y las instituciones. Así mismo, desde la Teoría del Esquema se considera que existe una estructura abstracta de conocimiento, la cual permite a los sujetos tomar decisiones desde esquemas cognitivos generales; en consecuencia, los ciudadanos, en ocasiones, suelen tomar decisiones políticas sin tener todo el conocimiento de la situación. Finalmente, reconoce el carácter de la teoría social y los aportes de la hermenéutica a la comprensión de la cultura política, al

enriquecer con miradas interpretativas las relaciones entre las actitudes (individuales) y los sistemas políticos (colectivo) de las que carecían los primeros estudios sobre el tema.

Esta reacción permite la emergencia de abordajes epistemológicos sustentados en métodos hermenéuticos e interdisciplinarios especialmente críticos. Se abre camino un modo de exploración que encuentra en la tradición hermenéutica un cúmulo de saberes que amplían los campos de estudio. Así pues, la mirada a la cultura en su dimensión ideológica, valorativa y de producción de símbolos, agrega a la cultura política nuevas discusiones. Además, la noción tradicional de cultura como ideología determinada por los procesos y productos intelectuales de las élites, es remplazada por una concepción de cultura crítica y creativa anclada a procesos de producción simbólica, en la que, así como existen roles de dominación y hegemonía, se presentan redes de resistencia y disputa.

La perspectiva hermenéutica brinda una mirada a la cultura política como parte de la gramática de la sociedad, con la cual se supera el funcionalismo, puesto que el trabajo hermenéutico es un proceso de cultivo, reinvención y reinterpretación permanente de la cultura que tiene “una proyección política contestataria concreta, producto de su conciencia de ser-en-el-mundo y el trabajo del símbolo no es la mera elucubración semántica, sino que impone un deber ser práctico de compromiso radical con nuestro entorno” (Mejía et ál., 2008, p. 45).

Los estudios en cultura política hicieron presentes líneas de desarrollo estructurales que involucraron análisis interdisciplinarios sobre el Estado-nación tanto en sus condiciones, situaciones y posibilidades, pero unido a elementos de análisis reflexivos orientados a conformar redes y prácticas de transformación, los cuales incluyen la similitud subjetiva, que da cuenta de los comportamientos intergrupales positivos (Kleiner, 2021), y los enfoques orientados a utilizar los sistemas anticipatorios, como el marco de modelado computacional para la organización, operación y dinámica de los sistemas políticos (Voinea, 2016; 2021).

Entre las líneas más destacadas se encuentran aquellas que abordan las orientaciones políticas de una comunidad nacional; los conocimientos sobre la realidad política, sentimientos políticos y compromisos con los valores políticos; la socialización en educación, medios de comunicación y políticas de gobierno; y, por último, la reacción gubernamental y las reformas a la estructura política.

Finalmente, como último eslabón en la comprensión de la cultura política, se destacan las corrientes de pensamiento de carácter interdisciplinar, las cuales tienen una fuerte presencia de la tradición hermenéutica (Mejía et ál. 2008). Aquí se distinguen cuatro perspectivas: 1) los estudios culturales, los cuales hacen evidente la relación entre poder, ideología y medios de comunicación, así como las formas en que, a través de estos, son posibles las relaciones de hegemonía e identidad cultural. Aspectos como la construcción histórica de los grupos, sus luchas y conflictos frente a la determinación de la estructura económica empiezan a ser

incorporados en los objetos de estudio; 2) las perspectivas de la teoría política y la sociología cultural, en las que influenciados por la escuela francesa de Laclau, Mouffe y Bourdieu, permiten repensar la cultura política en el marco del debate posmoderno, alrededor de las múltiples posiciones del sujeto en el entramado discursivo y hegemónico agenciadas a través de la cultura. Y el abordaje de lo político como un campo delimitado y autónomo en el que se hacen manifiestos los conflictos y contradicciones, de carácter simbólico, a través de luchas y tensiones; 3) la historia cultural centrada en la irrupción de las prácticas sociales que median la comprensión de las mentalidades, los imaginarios y las representaciones de los sujetos de carácter contrahegemónico; y, finalmente, 4) la antropología social, la cual ha sido determinante para la comprensión de las identidades nacionales, a través de las dinámicas que generan el entramado simbólico de los grupos sociales en las estructuras de poder (Krotz, 1997; Eufrazio, 2017).

En razón a lo anterior, se entiende la cultura política como un campo interdisciplinar de estudio que permite comprender, por una parte, cómo las tensiones entre lo instituido y lo instituyente intervienen en los procesos de conformación de la subjetividad política, mediante el despliegue empírico o simbólico de saberes, actitudes y creencias, y por la otra, el modo en que se despliegan las subjetividades hacia el poder político (micro y macro), ya sea para preservarlo o transformarlo. Su importancia radica en que brinda la posibilidad de reflexionar sobre el grado de legitimidad de las instituciones, las disposiciones de los sujetos hacia el sistema político o su nivel de fortalecimiento o estabilidad (Sánchez de la Barquera, 2021).

## **El discurso de la cultura política en Latinoamérica y Colombia**

En la región, el estudio de la cultura política se ha caracterizado por dos enfoques (Millán, 2008; Schneider y Avenburg, 2015). Uno de tipo individualista, centrado en la comprensión de los aspectos de la cultura cercanos a las normas, valores y actitudes que orientan el comportamiento político de los ciudadanos a partir del uso de técnica cuantitativas de medición (Thesing, 1995; Assies et ál., 2002;). Y otro, que se concentra en las manifestaciones colectivas, donde la cultura se entiende como una red de significaciones sociales y políticas que desbordan el régimen político instituido (Mejía et ál., 2008; Rodríguez, 2017; Eufrazio, 2017); aunque en la última década han predominado estudios que concilian ambas perspectivas (Ichuta, 2020).

En sus inicios, a finales de los ochenta, los estudios cuestionan la configuración de las identidades nacionales, a partir de las tensiones entre tradición y modernidad en la construcción de las instituciones democráticas y la forma como las élites hicieron una apropiación privada de estas identidades (Calderón y dos Santos, 1987). Además, se realiza una lectura plural del concepto, ya que las culturas políticas deben ser abordadas desde los subgrupos que las identifican; en este sentido, los estudios deben superar las encuestas y abordar los sistemas de valores y representaciones simbólicas de los subgrupos que la

conforman (Lechner, 1987). La anterior perspectiva reorienta los estudios hacia una mirada que reconoce “el caudal semiótico inserto en conflictos y tensiones coyunturales que obligan a su redefinición permanente” (Landi, 1988, p. 56), por lo que, conceptualmente, se asume como el conjunto de conocimientos, actitudes, sentimientos, valores, costumbres, imaginarios y comportamientos de diferentes grupos sociales dominantes o subalternos en la interacción política (López de la Roche, 2000).

Estas miradas permitieron ampliar la lectura sobre registros políticos y culturales que no se verbalizan ni son explícitos, pero que se encuentran en las concepciones de los sujetos; por tanto, en su estudio convergen las miradas hermenéuticas con los métodos funcionalistas cuantitativos, puesto que es una categoría dinámica de la sociedad que se construye entre las pautas de razonamiento, argumentación y representación social (Del Castillo, Botella y Crespo, 1997). Finalmente, la irrupción de los estudios culturales en América Latina y los esfuerzos por renovar las ciencias sociales (Castro-Gómez, 2011) favorecieron una reflexión más profunda de la cultura en sus aspectos sociales y políticos. De esta manera, la mirada se orientó hacia las prácticas que construyen políticamente las subjetividades en el marco de la globalización y la digitalización (Cazorla et ál., 2022). Lo anterior amplió el espectro de estudio hacia los movimientos sociales y su papel en la conformación de otras culturas políticas alternativas al orden hegemónico, a partir del análisis de estas como gramáticas sociohistóricas emergentes en el marco de las democracias latinoamericanas (Escobar, Álvarez y Evelina, 2001). Lo destacable de esta postura es que reconoce que existen múltiples culturas políticas en las sociedades y que existen manifestaciones culturales por fuera del campo político que inciden en la conformación de pautas y esquemas que inciden en ella.

En Colombia, el estudio de la cultura política ha tenido un desarrollo preminente y asociado a diversas perspectivas teóricas cercanas a las ciencias políticas, el constructivismo, la psicología social, la historia social, las pedagogías críticas, la sociología de la educación, la antropología y los estudios culturales latinoamericanos. Para autores como Herrera et ál. (2005); Puerta et ál. (2006); Mejía (2008); Henao y Álvarez (2015); o Burgos (2020), la cultura política como objeto de estudio se constituye en una categoría de análisis interpretativo que beneficia la comprensión de la realidad política más allá de su simple descripción cuantitativa, y apuestan por el reconocimiento de procesos educativos incluso por fuera de lo institucional, los cuales favorecen la transformación del sistema político. En este sentido, prevalece una comprensión que la entiende como:

Conjunto de prácticas y representaciones en torno al orden social establecido, a las relaciones de poder, a las modalidades de participación de los sujetos sociales, a las jerarquías que establecen entre ellos y a las confrontaciones que tienen lugar en diferentes momentos históricos. (Herrera et ál., 2005, p. 34)

La apertura de los estudios en cultura política a las ciencias sociales, han ampliado el panorama comprensivo en los últimos años. Por ello, se han incrementado los estudios que

tratan de articular las categorías reflexivas junto con su medición e influencia en sujetos sociales que han tomado protagonismo en la esfera política, tales como docentes y jóvenes universitarios (Cárdenas, 2017; Burgos, 2020), mujeres y participación (Chávez y Vásquez, 2016), así como problemáticas asociadas al papel de las emociones en víctimas del conflicto (D. González, 2016), al uso de las tecnologías digitales, los medios de comunicación y los movimientos sociales en la comprensión de esta (De la Torre, 2015; Barandiarán et ál., 2020).

Este viraje de los estudios hacia la ampliación de los sujetos sociales y las interacciones semióticas que se establecen en el sistema político se debe a las posibilidades que brinda la hermenéutica crítica como herramienta metodológica (Mejía et ál., 2008). Por ello, su análisis desde categorías como: mito, binomio autoritarismo y neodemocracias, y alienación y elitismo, permiten ampliar su estudio y favorecen la caracterización de algunos rasgos que la identifican, especialmente por la compleja hibridación de diferentes herencias —tradición *versus* modernidad— las cuales limitan la construcción de una identidad propia en el contexto latinoamericano. Particularmente, en la segunda mitad del siglo XX en Colombia, la exclusión social y la discriminación política del Frente Nacional restringió la participación, razón por la cual, actores sociales emergentes (mujeres, jóvenes, campesinos, población LGBTIQ+, víctimas del conflicto, defensores de derechos humanos y líderes sociales) se movilizaron hacia la conformación de nuevos espacios de actuación y reconocimiento social, con los cuales lograron mayor participación social e incluso desbordaron lo instituido.

El anterior acercamiento permite entender la cultura política como el conjunto de relaciones individuales y colectivas, sean verticales u horizontales, establecidas por los ciudadanos a través de sus conocimientos, sentimientos y creencias hacia el sistema político, expresadas en sus interacciones, prácticas sociales y discursos, pero envueltas por las tensiones entre la política (administración de lo instituido) y lo político (potencia para lo instituyente). Este abordaje reconoce que la cultura política es un campo en tensión, en el que prevalecen las disputas por la conformación del orden social (Retamozo, 2009); por ende, no es un concepto acabado sino en constante construcción, e involucra la lógica que orienta la formación de la identidades colectivas, los estudios sobre las representaciones, los imaginarios y las mentalidades, los aspectos subjetivos que orientan la acción colectiva, así como la producción y circulación de información que afecta la modulación de deseos y oportunidades que inciden en la toma de decisiones.

## **Discusión: el aporte de la literatura a la comprensión de la cultura política**

Los estudios de la cultura política se han volcado hacia un abordaje más hermenéutico e interdisciplinar en su configuración epistemológica, enriquecidos por la impronta de múltiples perspectivas de pensamiento que van desde los estudios culturales, literarios, de género e incluso ambientales (Bard, 2016; Laportilla et ál., 2018), hasta las miradas

comparativas o los centrados en la sociología de la acción (Lascoumes y Le Gales, 2014); estos han servido de insumo para la comprensión de la realidad política en el entramado de las tensiones que se suscitan entre el sujeto y lo colectivo.

Un modo de abordar dicha lectura interpretativa se despliega a través de la comprensión de la socialización política, el despliegue de la subjetividad política y su alcance en la preservación y transformación del orden social instituido. Este horizonte reflexivo amplía la discusión hacia la reproducción de lo instituido, en términos de saberes, dispositivos normativos, prácticas discursivas e ideologías, y la irrupción de manifestaciones críticas abiertas al cuestionamiento del régimen imperante y que desde iniciativas colectivas articulan redes utópicas de emancipación periféricas. Por ende, desbordan el carácter pragmático y funcionalista que circunscribe el análisis político al ámbito de la formulación y gestión de las políticas públicas, el gobierno, la seguridad y la preservación del orden político. En este sentido, la mirada no está reducida al campo de la política en su sentido tradicional, sino que la desborda y se adentra en lo social, como campo de fundación de lo político (Mejía, 2013).

Lo social contiene un trasfondo reflexivo que encuentra en la filosofía un lugar para comprender los múltiples modos en que se articula lo cotidiano con la vida personal y colectiva, en términos de utilidad, necesidad y placer; el poder con la reproducción y transformación del orden social; y lo simbólico con la producción y distribución de redes de significaciones entre agentes e instituciones (Castoriadis, 2005; 2006). Por ello, una estrategia que amplifica el margen reflexivo para la comprensión de la cultura política, lo constituye el potencial figurativo e imaginario de la narrativa urbana. El poder simbólico de la literatura conforma un tejido hermenéutico que accede a otros modos de leer la esfera de lo social, sin reducirla a una copia de la realidad ni tampoco forzarla a los esquemas teóricos. Se aclara que no se pretende realizar un análisis literario a la obra de Álvaro Salom Becerra, sino que, de la mano de los sentidos sobre la política que son explorados en su narrativa, se abren las sendas por diversas travesías reflexivas que dan cuenta de la cultura política en el marco de la reflexión filosófica, puesto que una de las tareas de la filosofía es pensar el mundo, cuando este ha entrado en el desgaste paquidérmico de “hacer las cosas para evitar hablar o pensar sobre ellas” (Zizek, 2009, p. 31).

Uno de los modos de establecer el dialogo entre filosofía y cultura política se construye a partir de la mirada reflexiva a categorías que conforman el estatuto epistemológico de esta última, a saber: mito, autoritarismo, alienación y elitismo. Con estas se pretende abrir el camino a la posibilidad de caracterizar algunos rasgos de la cultura política de los colombianos, presentes en su historia social y política. Este abordaje narrativo se realiza no con el ánimo de desprenderse de la historiografía sino por el contrario, de dar cuenta de su importancia y el compromiso que tiene con esta para encontrar allí espacios de síntesis que permiten acceder a otros modos de comprensión de la realidad social.

Historiadores como White (2003) o Certeau (2000) explican lo difuso que resulta demarcar el límite entre historia y ficción. En ocasiones lo escrito por historiadores está guiado por el poder de la imaginación, pero a su vez, las letras de los novelistas se afirman en la rigurosidad de las fuentes. En este sentido, “el discurso de la historia no es verdadero ni falso, sino que funciona como una gran metáfora, cuya fuerza simbólica permite comprender el pasado, desde un punto de vista determinado, que nunca es el único posible” (Larrea, 2003, p. 3).

Existen puntos de articulación entre la historia y la ficción que permiten un acercamiento reflexivo a la comprensión de la cultura política, dado que existen momentos claves de la narrativa, que hacen evidente el potencial de la literatura para dar cuenta de los cambios socioculturales del sistema político. Para Larrea (2003) y Nussbaum (2005), la diferencia entre el discurso literario y el historiográfico consiste en la discrepancia en el grado de veracidad de los sucesos. Mientras que la historia narra lo sucedido, la literatura narra lo que podría ser, fingiendo o inventando una verdad más filosófica o general.

El debate se nutre a medida que se amplía el espectro de técnicas e instrumentos metodológicos usados por ambas partes, no obstante, la historia es “resultado de un proceso sistemático y riguroso de indagación sobre los hechos del pasado. Proceso orientado por una metodología que pretende dotar de cientificidad a la labor investigadora” (Perdomo, 2014, p. 28), mientras que la labor literaria encuentra en la historia un artificio para encontrar allí los fundamentos de las ficciones narrativas. Lo que se hace indiscutible al respecto es que historia y literatura comparten el carácter de discurso narrativo. Los sucesos carecen por sí mismos de significados y es la narración de los sucesos, a partir del uso de ciertos argumentos, lo que otorga una dimensión al discurso y al texto (White, 2003). Esta mirada señala que para representar la realidad de los discursos históricos es indispensable la imaginación, el modo de maquinar u ordenar los sucesos y las concepciones teóricas del historiador, puesto que la literatura propicia la puesta en marcha de la imaginación, cuya fuerza radica en que logra la representación de una vivencia distinta a la propia, de la cual se puede desprender la activación de la empatía y otras emociones, como parte de la experiencia del otro en la mía propia, lo que favorece la construcción de elementos vinculantes entre los sujetos (Pinedo-Cantillo, 2021).

Un modo de acceso a esta discusión entre historia y literatura ha sido ampliamente abordado por Nussbaum (1995; 1997), quien recurre a una mirada aristotélica del saber práctico para explicar como la literatura fomenta la ampliación comprensiva de la vida personal y colectiva gracias al poder de la imaginación pública, con la cual la narrativa contribuye a la formación de una filosofía práctica.

La filosofía se nutre de la literatura como una forma de conciencia y fomenta el conocimiento humano mediante las proyecciones de la imaginación (Aranda, 2004). Por

consiguiente, contiene elementos reveladores que son la clave para comprender las transformaciones culturales de un país (Van der Linde, 2011): permite que la filosofía se convierta en un crisol reflexivo para ahondar de forma crítica en la constitución de los agentes que conforman la realidad social; teje una vuelta sobre lo establecido, para que sea abra la posibilidad de su desnaturalización. Se despliegan así, en términos de Spinoza, las afecciones que inciden en los sujetos y, por ende, llevan a realizar cosas a los mismos. “Mis encuentros (afecciones) me hacen algo (afecto), y en consecuencia me hacen hacer algo” (Lordon, 2013, p. 222). El campo literario es un modo de afección, como lo expresa Fonnegra (2013):

El seguimiento de relatos no es una actividad pasiva, ya que al leer se produce una alteración de la subjetividad, una modificación del sí mismo. Quien sigue una historia experimenta múltiples emociones que lo llevan a reconocer el carácter contingente del mundo humano, a conmovirse frente a la acción representada, y por qué no, a intervenir políticamente la propia realidad (p. 258)

De ahí que la lectura no es una actividad pasiva, alienta la formación de pensamiento crítico que se vuelca sobre los laberintos de la imaginación y el razonamiento, aspectos que afectan las prácticas e interacciones que establecen las personas a nivel cognitivo, emotivo y valorativo sobre el sistema político. La filosofía encuentra en la literatura un potencial para extender el margen reflexivo de la cultura política, ya que las ficciones narrativas brindan insumos para entrelazar la imaginación con el entendimiento. De esta manera, facilita la dislocación de lo instituido y proyecta el espectro de la afectación para desencadenar la fuerza instituyente de la acción.

## **La cultura política de los colombianos a partir de la narrativa literaria**

Entender la compleja relación entre cultura política y filosofía a través de un acercamiento literario, se constituye en una de las múltiples dimensiones que el análisis hermenéutico brinda no solo a la comprensión de un objeto de estudio, sino a su construcción. Al explorar más allá de los razonamientos causales se busca indagar en las relaciones y modos de interacción semióticas que permiten ahondar en interrogantes que abren el pensamiento a la reflexión, en aras de profundizar críticamente en eso que nos hace ser lo que somos. En razón a lo anterior, se hace posible la resignificación que desnaturaliza el orden social, a partir del poder emancipador de la imaginación, la cual vincula la experiencia humana hacia la formación de un pensamiento crítico que reconoce las múltiples formas que podemos ser. Una forma para abrirse a dicha desnaturalización lo constituye el acercamiento a la narrativa urbana del escritor y político colombiano Álvaro Salom Becerra, en algunas de sus obras: *Un tal Bernabé Bernal*, *El Delfín* y *Al pueblo nunca le toca*, de la mano de las categorías analíticas retomadas por Mejía et ál. (2008): mito, autoritarismo, alienación y elitismo.

Un acercamiento reciente al estudio de la obra de Álvaro Salom Becerra puede encontrarse en los trabajos de Villanueva (2004); Ávalos (2013); Galeano (2019); Vanegas, Vera y Cano

(2020) y Oliveros (2020), quienes coinciden en señalar que en su obra es recurrente la figura de los desposeídos y atrapados en las mallas del clientelismo y la burocracia partidista. Estos estudios desarrollan análisis literarios a la obra, así como lecturas sobre el componente político en categorías como: el héroe de clase media, el Estado burocrático benefactor y el derecho a la paz.

La exclusión social y la distinción política atraviesan los lenguajes y comportamientos de los personajes, quienes son movilizadas por un pragmatismo instrumental y adaptativo para sobrellevar las tensiones y dilemas de la vida cotidiana. La esfera de lo personal se funde con la historia social y política, razón por la cual, el fatalismo conformista provocado por la repetición histórica en contra de los desposeídos se proyecta de manera reiterada como epílogo en cada una de sus obras. Si bien su narrativa potencia en los relatos la irrupción de interrogantes que atraviesan la vida de los protagonistas y van conduciendo al lector a una reflexión sobre sus comportamientos, prácticas discursivas, creencias y actitudes hacia el sistema político, se destaca en que usa el costumbrismo y la sátira para retratar a los invisibilizados, aquellos habitantes de clase media o baja que en la ciudad viven la tragicomedia de sufrir el avance de la modernización, entre falsas ilusiones, odios partidistas heredados y la politiquería.

## **El mito fatalista del eterno retorno**

Los mitos políticos atraviesan la narrativa de Salom Becerra como parte de esas ficciones históricas que han conformado la realidad política del país. De esta manera, es perceptible la forma como se construye la identidad nacional a partir de la producción simbólica que generan. Los mitos permiten ejercer control sobre su vida ante la incertidumbre del vacío que proyecta su encuentro con lo desconocido. Se constituyen en mecanismos de legitimación de las instituciones sociales, además, en la esfera política, resuelven las incoherencias y quiebres que traen consigo las reglas que regulan la vida pública, a partir de la invención de un pasado común —mitos fundacionales— o el trasegar de luchas compartidas —mitos de combate o resistencia—, y la visión de un mejor porvenir —mitos de finalidad—.

Los mitos de combate franquean la historia social y política de Colombia, pero se carece de un mito fundacional lo suficientemente cohesionador (Mejía et ál., 2008), muy a pesar de los intentos de la historiografía del siglo XIX por atribuir el origen de la nación a las luchas de independencia. Los individuos encuentran en los mitos de combate una imagen integradora que da cuenta de trayectorias compartidas de su historia colectiva y guían pautas de comportamiento sostenidas en el entramado simbólico de sus creencias. En la narrativa de Salom Becerra, los ciclos de impunidad entre magnicidios y olas de violencia constituyen un mundo que alienta la idea de una pérdida común, sobre la que se adhiere el derecho como venganza reivindicativa. La exclusión social vivida y manifestada a través de las luchas partidistas forjó la imagen de recuperar lo perdido, y a su vez proyectó una ficción teleológica

sobre lo que pudo ser. Su desenlace es un discurso cotidiano permeado por la desesperanza e inconformismo de un destino condenado al fracaso o al fatalismo. Así lo expresa de forma picaresca en uno de sus protagonistas:

Ese disco ya está muy rayado —respondió Casiano— ¿por qué no pones otro? Mil veces te he dicho que el pueblo es un rebaño, una recua, una manada, se limita a poner los votos en las urnas, los muertos en el cementerio y el dinero en la Administración de Impuestos, para que se los roben los políticos de uno y otro partido. (Salom, 1983, p. 132)

De igual manera, los políticos son convertidos en héroes, con rasgos de cacicazgo y caudillismo sustentados en prácticas paternalistas, por lo que el comportamiento político permea la vida cotidiana en prácticas discursivas de defensa al héroe mítico. Los acontecimientos son exaltados o exagerados elocuentemente para rendir culto a la imagen del personaje. Se realizan celebraciones y recibimientos, armadas con la puesta en marcha de redes clientelares y dinero propio o del erario, para homenajear visitas, aclamaciones o nombramientos en altos cargos del Estado.

Y llego el día, por fin, el día señalado para la posesión, (...) todos los empleados departamentales recibieron la orden de congregarse en las tribunas de la Asamblea y la consigna de gritar incesante y desaforadamente (...) el empleado que no asista será destituido y el que asista y no grite será sancionado (...) la fábrica de licores del Departamento repartió cien botellas de aguardiente y cincuenta de ron para levantar el ánimo de los burócratas. (Salom, 1982, p. 109)

El mito permite una comprensión mucho más amplia del entramado de la cultura política, ya que las imágenes, signos y símbolos sobre los que se estructura, están en permanente interacción con las costumbres y tradiciones de los pueblos, su historia colectiva y el conjunto de acontecimientos que atraviesa la esfera de la política. De esta forma, para Salom Becerra, el mito va tejiendo la tragicomedia que se replica en las épocas de elecciones. Los héroes ficticiales emergen como figuras retóricas en discursos vacíos que irradian populismo y se incrustan en la vida colectiva. De esta forma, cuando hablan los líderes políticos o religiosos, afloran representaciones de una cultura política parroquial que coincide con algunos rasgos presentes en la realidad política, sobre todo en las regiones (F. González, 2014), en las que el sistema de creencias políticas se funde con las religiosas; por ello, las figuras del bien y el mal atraviesan el antagonismo amigo-enemigo o salvación-perdición.

## **El autoritarismo entre el miedo y la indiferencia**

Como ocurre con la construcción de las democracias latinoamericanas, las cuales han estado permeadas por las tensiones e hibridaciones presentadas entre la tradición y el proyecto inconcluso de la modernidad, la obra de Salom Becerra muestra que estas tensiones han traído consigo la emergencia de fenómenos políticos como el autoritarismo de corte populista, sustentados en los márgenes interiores que permiten encontrar obediencia o imponer la voluntad en los grupos humanos; en pocas palabras, en las tramas que hacen posible el poder

en las tensiones de la vida colectiva, ya sea en la dicotomía amigo-enemigo (Schmitt, 2009) o en la centrada en lo común (Arendt, 1997).

Además, en las obras también aparece la legitimidad como un elemento primordial que justifica el monopolio de la violencia por parte del Estado y, por ende, un aspecto constitutivo del autoritarismo como categoría de análisis de la cultura política (Mejía et ál., 2008), debido al carácter recíproco y asimétrico de las relaciones de poder que se sustentan en los diversos tipos de dominación (Serrano, 1994). Pese a que autores como Lordon (2013) consideran que la legitimidad no corresponde más que aún concepto nominativo y, por tanto, vacío y hueco, pues se sustenta en la creencia de la legalidad o sobre el valor ejemplar de una persona, Salom Becerra permite cuestionar: ¿cómo está construido el sistema de creencias que hacen posible la dominación y la obediencia a las instituciones pese a la debilidad de estas? La autoridad suele estar construida en una ficción fetichista del poder, es por esto que los gobernantes recurren a prácticas discursivas tejidas entre el miedo y la simpatía, que incrementen el caudal emotivo de las personas. Así lo expresa Salom Becerra (1988) al referirse a reuniones en las que son reiteradas las amenazas sobre el devenir del país si no se siguen los designios de los dirigentes. “La pérdida del poder significaría la anarquía, la derrota significa, señores, la muerte de nuestros hijos, el incendio de nuestras casas, la violación de nuestras mujeres” (p. 105). Lo anterior muestra que la autoridad se sostiene porque circula como objeto de deseo, pero está movilizadora más por las intenciones patológicas de los individuos que por el bien común. En este sentido toma relevancia que “El pueblo no trata a alguien como rey porque sea rey en sí mismo, sino que, es un rey porque y en cuanto, el pueblo lo trata como tal” (Zizek, 2001, p. 209).

Lo anterior permite entender la preminencia del populismo como mecanismo que sirve de anclaje entre la dominación y la subordinación para preservar el orden instituido. Para ello, Salom Becerra recurre a prácticas provistas de sincretismo religioso, que favorece una moral esquizofrénica, la cual enaltece la implacabilidad de la justicia ante el delito; cuando otros son los condenados, se alaba la dureza de las sentencias e incluso se aplaude la exposición de cadáveres para acrecentar el odio e instigar la venganza punitiva. No obstante, se cuestiona el alcance de los edictos judiciales cuando los acusados no pertenecen a su círculo de allegados.

Por otra parte, el excesivo militarismo coopta algunas esferas de la administración, e incluso se solapa con aspectos de la vida cotidiana mediante la preservación de rituales de obediencia, en juramentos y demostraciones de lealtad como tiempo de trabajo, regalos o aportes económicos, de esta forma se refuerza el clientelismo. Así lo expresa el autor cuando describe la manera en que uno de sus personajes, al acceder a un cargo público, hace jurar al protagonista lealtad, y al finalizar le dice: "se me olvidaba hacerle una advertencia: del sueldo que le señalen tendrá usted que darme mensualmente la tercera parte" (Salom, 1988 p. 132).

Así mismo, la obediencia a la autoridad está circunscrita al miedo y a la indiferencia. Son reiterados los rituales expresivos en que los hijos debían reconocer al padre su filiación partidista con euforia religiosa. Así lo describe Salom (1983) cuando Baltasar Riveros hace rezar el padre nuestro de los liberales a sus hijos cada mañana en la catequesis del liberalismo que les imparte, acompañados de pan y aguapanela, y en otra de sus obras expresa: “los hijos tenían que adoptar, sin discusión las ideas políticas de sus padres, quienes ordinariamente no tenían ningunas porque apenas habían heredado las pasiones de las suyas” (Salom, 1988, p. 41).

El sometimiento absoluto a la autoridad hace de la cultura política un sistema cerrado y societario, anclado en una cultura de la pleitesía y fervor religioso hacia quien detenta el uso del poder civil; por ello, la democracia se desdibuja entre las redes clientelares, la cleptocracia y un uso instrumental de la misma. El autoritarismo está presente en la cultura política mediante la parroquialización del poder (F. González, 2014) y su instauración en redes desplegadas en los territorios, que terminan por beneficiar económicamente a los particulares y reforzar las relaciones de subordinación.

### **La alienación y sus sombras**

La cultura política afecta los modos en que el sujeto se comprende a sí mismo como parte del sistema político, especialmente cuando se percibe como un extraño de sí al configurar esquemas de reproducción de lo instituido que favorecen este distanciamiento y lo llevan a la alienación, entendida como la cosificación de la existencia, la cual conlleva que el ser humano sea un desposeído de sí (Marx, 1977). La alienación como categoría de análisis de la cultura política amplía el espectro a otras esferas de la vida colectiva como lo son el trabajo, el Estado y la iglesia, y encuentra en la burocracia una de las formas en que puede ser percibida, ya que allí se articulan dichas esferas en intersecciones y encrucijadas que orientan los comportamientos políticos de los sujetos, sus actitudes y formas de autocomprensión como parte del sistema.

Para Salom Becerra, la burocracia se desenvuelve en prácticas de cosificación y colonización de la vida cotidiana, pero también irrumpen potencialidades emancipadoras de la acción política, entre las que se destaca el continuo poder de la iglesia como parte de la tradición política, que incluso interviene en asuntos laborales en favor de la clase dirigente, sustentando discursos que enaltecen la pobreza y la mansedumbre. Así lo expone refiriéndose al sacerdote llamado a conjurar una exigencia sindical:

Le gusta más el dinero que el vino de consagrar. Le damos quinientos pesos y en dos o tres pláticas los persuade a todos de que la pobreza es un don de Dios y de que mientras más bajos sean sus salarios en la tierra más posibilidades tienen de ir al cielo. (p, 25) [...] los retiros espirituales fueron un éxito. Los obreros se confesaron y el Padre Roa les impuso como condición para absolverlos la de que se abstuvieran en lo sucesivo de solicitar el aumento de sus asignaciones. (Salom, 1982, p. 33)

La autoridad religiosa se convierte en derrotero que modula la acción política, ya sea para inhibirla o exaltarla. Esto es posible a partir del uso de catecismos políticos, los cuales, a través de preguntas y respuestas, fomentan el adoctrinamiento ideológico. Los jefes de los partidos políticos se los entregan a sus subordinados, quienes a su vez los hacen aprender a sus hijos, de esta forma se incrementa la naturalización de un orden social paradójicamente apático e indiferente a la realidad política.

Pero también se presentan pliegues que favorecen un reconocimiento de sí como parte del entramado simbólico. Para el protagonista de *Un tal Bernabé Bernal*, por ejemplo, los constantes despidos eran sentidos como actos liberadores: "a pesar de que las perspectivas eran sombrías, mi retiro del poder judicial produjo una agradable sensación de liberación" (Salom, 1988, p. 128). El despido significaba la pérdida del trabajo, pero también un reencuentro consigo mismo; sin embargo, esta no es la única manera de emancipación, la pérdida de fe en los políticos y la política había llevado a Bernabé Bernal, después de cambiar más de cuatro veces de partido político, a considerar que "godos y liberales son lo mismo y el porvenir del mundo está en el marxismo, aunque a mí me aterran las revoluciones" (p. 181).

Así, se reconoce el poder de lo colectivo, como posibilidad para la transformación del orden social, aunque no deja de estar inmovilizado al atolladero entre el héroe de clase media atrapado en la burocracia clientelar (Galeano, 2019) y el acaparamiento de los recursos para acceder al canon de la participación social. "El esclavo solo se siente impotente para sacudir la coyunda impuesta por sus amos y se resigna a su suerte; pero reunido con otros muchos se cree omnipotente y le parece fácil romper las cadenas de la iniquidad" (Salom, 1983, p. 128).

## **El elitismo como preservación del orden**

El elitismo como categoría de la cultura política coloca en escena uno de los interrogantes de Étienne de La Boétie, "Si un tirano es solo un hombre y sus súbditos son muchos, ¿por qué consienten ellos su propia esclavitud?" (2016, p. 9), en pocas palabras, ¿por qué unos pocos gobiernan sobre muchos? Este cuestionamiento se explora profundamente en sociología política, y parte de la idea que considera la clase dominante como una minoría organizada, razón por la cual detenta el poder. El elitismo configura muchos aspectos de la cultura política en Colombia, como lo señala López de la Roche (1990). Su estudio da cuenta de los modos en que la clase dirigente ha cooptado los espacios de participación política en la historia social del país, a través de la conducción y acaparamiento de los medios de comunicación masiva, el reforzamiento del intelectualismo elitista, el predominio hereditario del poder mediante el delfinazgo y la construcción de redes de exclusión societarias de clase. Como describe Salom Becerra al señalar: "La clase dirigente es solidaria. No se conmueve con el asesinato de millares de campesinos, pero reacciona indignada cuando uno de sus representantes sufre una lesión en el dedo meñique" (1988, p. 139).

El establecimiento de símbolos de poder y la permanente producción discursiva de enunciados y prácticas que incrementan la distinción política y la exclusión social son formas en que se evidencia el predominio de una minoría dominante. Esto se evidencia en toda la obra de Salom Becerra, en aspectos como: acceso restringido a clubes sociales; gusto y consumo de cultura extranjera; discursos que exaltan el progreso de la nación mientras invisibilizan la precariedad y la pobreza; la impunidad ante la justicia y el reparto del erario por medio de cargos burocráticos; relaciones estrechas y difusas entre la clase política y la empresarial, en donde lo más notorio de su forma de actuar lo constituye la reacción ante posibles situaciones de agitación social. Dirigentes políticos, empresarios y trabajadores organizan pactos y coaliciones entre partidos tradicionales para mitigar procesos revolucionarios:

[...] las dos oligarquías desengañadas se prestaban a derribar el ídolo que habían colocado jubilosamente en el nicho y a cuyos pies habían hincado la rodilla. Los odios personales no cuentan cuando están en juego los supremos intereses de la clase dirigente. (Salom, 1988, p. 147)

La clase dirigente se pliega sobre sí misma en la consigna “al pueblo nunca le toca”, de esta manera preserva el orden instituido, a través de la disposición de políticas públicas y planes y programas de gobierno orientados a reproducir un comportamiento político que refuerza la indiferencia y la apatía, y se politiza despolitizando. Un ejemplo lo suministra Salom cuando el presidente responde la solicitud del protagonista: “Los pueblos nunca llegan al poder, los que llegan son los dirigentes” (Salom, 1983, p. 109). Este semblante de la cultura política en el que la clase dirigente se alía entre sí para defender sus intereses ha sido estudiado por Perea (2009), quien manifiesta que los partidos tradicionales en Colombia, lejos de ser colectividades políticas adscritas a dos subculturas antagónicas son, por el contrario, una misma cultura política donde ambas participan del mismo lugar de producción de lo político.

## Conclusiones

La narrativa de Salom Becerra se constituye en un insumo para ampliar los márgenes de comprensión de la cultura política, ya que, desde su horizonte figurativo, brinda ficciones que se convierten en formas simbólicas que ilustran las pautas de orientación cognitivas, emotivas y valorativas de las personas hacia el sistema político. Las situaciones que viven los personajes acercan al lector al poder disruptivo de la fantasía, en el que este logra movilizarse entre la descripción del orden social que lo constituye y la formación de redes de significación instituyentes que dislocan dicho orden. Esto es posible mediante la capacidad de generar afecciones, las cuales se incrustan en las formas de comprensión e interacción con el mundo social.

Por otra parte, la mirada sobre el despliegue del poder y la cultura en la historia social y política, a partir de las categorías de mito, autoritarismo, alienación y elitismo, muestran un

ciclo repetitivo entre lo instituido y lo instituyente. La política como administración de lo instituido parece una tragicomedia, donde la realidad parece fantasía y la única manera de escapar de este sesgo es proyectarse en la margen de lo imaginario, para abrirse al poder emancipador de la utopía; la cual, además, no solo permite explorar posibles modos de conformar la realidad política, sino que deforma lo establecido, de ahí que su potencial no está en su capacidad para realizarse sino en la de dislocarlo.

El acercamiento a la cultura política en Colombia en las categorías antes señaladas, a través del prisma de la literatura, no solo permiten una caracterización comprensiva de esta, sino que permiten abrir el círculo entre lo instituido y lo instituyente para escapar del fatalismo, la indiferencia y la apatía, reforzados en prácticas como la cultura del atajo, la cleptocracia y el clientelismo. El poder liberador de la narrativa se vuelca sobre la imaginación, en aras de posibilitar la construcción de redes de sentido en las que emerge la utopía como posibilidad de transformación. Aquí, el círculo se hace espiral; las actitudes y saberes que la lectura suscitan quiebran el sistema de creencias, de esta forma, la tensión entre lo instituido y lo instituyente escapa del fatalismo, porque se dislocan los trazos que cierran el círculo y se abren nuevas formas de comprender, sentir y comportarse hacia el sistema político.

## Referencias

- Akaliyski, P. (2021). Political Culture Research: Current Ontological and Epistemological Debates, *European Journal of Political Culture*, 1(1), 23-27. [https://sites.google.com/fspub.unibuc.ro/politicalculturejournal/akaliyski\\_a\\_ejpc\\_vol1no1march2021?authuser=0](https://sites.google.com/fspub.unibuc.ro/politicalculturejournal/akaliyski_a_ejpc_vol1no1march2021?authuser=0)
- Almond, G. y Verba, S. (1970). *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política en cinco naciones*. Madrid: Euroamérica.
- Almond, G. (1995). El estudio de la cultura política. *Estudios Políticos*, (7), 159-179. <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.1995.7.59578>
- Almond, G. y Verba, S. (2007). La cultura política. En A. Batlle. (Ed.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 171-201). Barcelona: Ariel.
- Aranda, T. C. (2004). *Filosofía y literatura un encuentro moderno*. Almería: Universidad de Almería.
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Assies, W., Calderón, M. A. y Salman, T. (2002). Ciudadanía, cultura política y reforma del Estado en América Latina. *América Latina Hoy*, 32, 55-90. <https://doi.org/10.14201/alh.2389>

- Ávalos, D. Z. (2013). “¿Quién es el benefactor del pueblo?” análisis del libro “El delfín”, de Álvaro Salom Becerra. *Poiésis*, 2(5).
- Bard, W. G. (2016). Culturas políticas: (re)significando la categoría desde una perspectiva de género. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 61(227). [https://doi.org/10.1016/S0185-1918\(16\)30024-1](https://doi.org/10.1016/S0185-1918(16)30024-1)
- Barandiarán, X., Unceta, A. y Peña, S. (2020). Comunicación política en tiempos de nueva cultura política, *Icono* 14, 18(1), 256-282. <https://doi.org/10.7195/ri14.v18i1.1382>
- Burgos, J. J. (2020). Comprensiones sobre cultura política y su relación con las prácticas pedagógicas en profesores universitarios: un estudio comparativo entre una institución pública y una privada. *Revista Boletín Redipe*, 9(9), 24-47. <https://doi.org/10.36260/rbr.v9i9.1059>
- Calderón, F. y dos Santos, M. R. (1987). Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación. En N. Lechner. *Cultura política y democratización* (pp. 189-198). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Cazorla, A., Rebollo, M. y Jarque, M. (2022). Procesos de digitalización, seguimiento de la información política y cambios en la cultura política de América Latina. *RIPS: Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 21(1). <https://doi.org/10.15304/rips.21.1.8366>
- Castoriadis, C. (2005). *Ciudadanos sin brújula*. Ciudad de México: Ediciones Coyoacán.
- Castoriadis, C. (2006). *Figuras de lo pensable*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Castro-Gómez, S. (2011). *Crítica de la razón latinoamericana* (2.<sup>a</sup> ed.). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Cárdenas, J. D. (2017). Jóvenes y cultura política: una aproximación a la cultura política de los universitarios de Bogotá. *Reflexión Política*, 19(38), 58-72. <https://www.redalyc.org/pdf/110/11054032005.pdf>
- Chávez, M. E. y Vásquez, V. (2016). Socialización y cultura política de las mujeres en puestos de elección popular. Presidentas municipales en Tlaxcala, México. *Ciencia Política*, 11(22), 161-188. <https://doi.org/10.15446/cp.v11n22.49017>
- Certeau, M. d. (2000). *La Invención de lo cotidiano. I las artes de hacer*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- De la Boétie, E. (2016). *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*. Barcelona: Virus Editorial.
- De la Torre, V. (2015). Movimientos sociales, élites y cultura política en América Latina. *Estudios Latinoamericanos*, (35), 41-57. <http://dx.doi.org/10.22201/cela.24484946e.2015.35.46965>
- Del Castillo, V. P., Botella, J. y Crespo, M. I. (1997). *Cultura Política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Escobar, A., Álvarez, S. y Evelina, D. (2001). *Políticas culturales y Cultura Política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Bogotá: Taurus e Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Eufracio, J. F. (2017). La cultura y la política en la cultura política. *Nueva Antropología*, 30(86), 101-119. <https://revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/nueva-antropologia/article/view/34612/31584>
- Fonnegra, O. C. (2013). Martha Nussbaum: la relación entre literatura y filosofía desde una perspectiva aristotélica. *Katharsis*, (16), 245-265. <https://doi.org/10.25057/issn.2500-5731>
- Galeano, L. A. (2019). El Estado clientelar-burocrático colombiano de la primera mitad del siglo XX: una visión literaria de Álvaro Salom Becerra. *Revista de la Red de Intercatedras de historia latinoamericana contemporánea*, 6(10), 1-16. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/24493>

- García, R. (2006). Crítica de la teoría de la cultura política. *Política y Cultura*, (26), 133-155. <https://www.redalyc.org/pdf/267/26702607.pdf>
- González, F. E. (2014). *Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep).
- González, D. E. (2016). Emociones y cultura política: análisis de las galerías de la memoria presentadas por el Capítulo Bogotá del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice). *Estudios Políticos*, (48), 157-178. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.n48a09>
- Greppi, A. (2021). Cultura política (enfoque normativo). *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, (20), 258-271. <https://doi.org/10.20318/eunomia.2021.6075>
- Henaó, F. J. y Álvarez, M. E. (2015). La formación en cultura política en el contexto histórico colombiano. *Historia y Espacio*, (45), 147-172. <https://doi.org/10.25100/hye.v11i45.1194>
- Herrera, M. C., Pinilla, A. V., Díaz, C. J. e Infante, R. (2005). *La construcción de la cultura política en Colombia. Proyectos hegemónicos y resistencias culturales*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Ichuta, C. E. (2020). La integración de métodos y la aplicación del análisis de correspondencias al estudio de las culturas políticas. *Sociológica*, 35(101), 71-112. [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0187-01732020000300071&script=sci\\_arttext\\_plus&tlng=es](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0187-01732020000300071&script=sci_arttext_plus&tlng=es)
- Kleiner, T. M. (2021). Subjective Similarity and Positive Intergroup Behaviour. *European Journal of Political Culture*, 1(2). <https://sites.google.com/fspub.unibuc.ro/politicalculturejournal/tuuli-marja-kleiner-ejpc-vol1o2nov2021-subjectivesimilarity?authuser=0>
- Krotz, E. (1997). La dimensión utópica en la cultura política. Perspectivas antropológicas. En Winocur, R. (Coord.). *Culturas Políticas a fin de siglo* (pp. 36-50). Ciudad de México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).
- Landi, O. (1988). *Reconstrucciones: las nuevas formas de la cultura política*. Ciudad de México: Puntosur editores.
- Laportilla, N. D., Díaz-Fernández, P. L. y Calderón, O. (2018). La educación ambiental para el desarrollo sostenible en el proceso de enseñanza aprendizaje de la cultura política. *Varona. Revista Científico-Metodológica*, (67), pp.
- Lascoumes, P. y Le Gales, P. (2014). *Sociología de la Acción Pública*. Ciudad de México: Colegio de México.
- Larrea, M. I. (2003). Historia y literatura en la narrativa hispanoamericana. *Documentos Lingüísticos y Literarios*, (26-27), 17-19.
- Lechner, N. (1987). *Cultura política y democratización*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- López de la Roche, F. (1990). La cultura política de las clases dirigentes en Colombia. *Controversia*, (162-163), 99-203.
- López de la Roche, F. (2000). Aproximaciones al concepto de cultura política. *Convergencias*, 7(22), 93-123. <https://www.redalyc.org/pdf/105/10502205.pdf>
- Lordon, F. (2013). *La sociedad de los afectos. Por un estructuralismo de las pasiones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Marx, C. (1977). *Manuscritos de 1844. Tesis económicas, políticas y filosóficas*. Ciudad: Génesis.
- Mejía, Q. O., Rodríguez, P., Ángel, S., León, I., Reyes, P., Giraldo, T., Castro, C. (2008). *Estatuto epistemológico de la cultura política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Mejía, Q. O. (2013). *Curso de filosofía política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mejía, Q. O. (2018). Cultura política y justicia mafiosa en Colombia. *Diálogo de Saberes*, (48), 105-108. <https://doi.org/10.18041/0124-0021/dialogos.48.2018.4715>
- Meyenberg, L. Y. (2006). Cultura política: un concepto manuable. En H. V. Alarcón. (Ed.). *Metodologías para el análisis político. Enfoques, procesos e instituciones* (pp. 93- 119). Ciudad de México: UAM/Plaza y Valdés.
- Millán, C. (2008). Cultura política: acercamiento conceptual desde América Latina. *Perspectivas de la comunicación*, 1(1), 42-55. <https://revistas.ufro.cl/ojs/index.php/perspectivas/article/view/9>
- Nussbaum, M. (1995). Introducción: Forma y contenido, filosofía y literatura. *Estudios de Filosofía*, (11), 43-106. <https://doi.org/10.17533/udea.ef.338797>
- Nussbaum, M. (1997). *Justicia Poética. La imaginación literaria y la vida pública*. Ciudad: Andrés Bello.
- Nussbaum, M. (2005). *El conocimiento del amor. Ensayos sobre filosofía y literatura*. Ciudad: Antonio Machado Editorial.
- Nussbaum, M. (2014). *Emociones políticas ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Barcelona: Paidós.
- Oliveros, A. C. (2020). El olvidado derecho a la paz en las novelas Pax, de Lorenzo Marroquín y Al pueblo nunca le toca de Álvaro Salom Becerra. En T. Fernández, y M. Soler. (Coord.). *Discursos al margen. Voces olvidadas en la lengua, la literatura y el cine en español e italiano* (pp. 455- 480). Palermo: Palermo University Press.
- Parsons, T. (1999). *El Sistema Social*. Madrid: Alianza.
- Perdomo, W. L. (2014). El discurso literario y el discurso histórico en la novela histórica. *Literatura y lingüística*, (30), 10-15. <https://dx.doi.org/10.4067/S0716-58112014000200002>
- Perea, C. M. (2009). *Cultura política y violencia en Colombia: Porque la sangre es espíritu*. Bogotá: La Carreta Política.
- Pinedo-Cantillo, I. (2021). *Martha Nussbaum y la justicia compasiva: un análisis crítico de la teoría de las emociones morales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Puerta, U., Pérez, C. A., Idárraga, C. M. y Múnera, F. (2006). *La Participación ciudadana y el desarrollo de la cultura política en Colombia*. Bogotá: Konrad Adenauer Stiftung- Corporación Pensamiento siglo XXI.
- Retamozo, M. (2009). Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 51(206), 69-91. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2009.206.41034>
- Rodríguez, A. (2017). Reflexiones sobre el concepto cultura política y la investigación histórica de la democracia en América Latina. *Historia y Memoria*, (14), 205-247. <https://doi.org/10.19053/20275137.n14.2017.5820>
- Salom, A. (1982). *El delfín*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Salom, A. (1983). *Al pueblo nunca le toca*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Salom, A. (1988). *Un tal Bernabé Bernal*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Sánchez de la Barquera, H. (2021). La importancia de la cultura política en el análisis de sistemas políticos. *Estancias*, 1(1), 99–116. <https://revistas.uaq.mx/index.php/estancias/article/view/324>
- Schmitt, C. (2009). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.

- Schneider, C. y Avenburg, K. (2015). Cultura política: un concepto atravesado por dos enfoques. *POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, 20(1), 109-131. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=52239303005>
- Serrano, E. (1994). *Legitimación y Racionalización. Weber y Habermas: la dimensión normativa de un orden secularizado*. Ciudad de México: Antrophos-Universidad Autónoma Metropolitana.
- Thesing, J. (1995). *Cultura política en América Latina*. Ciudad: Konrad Adenauer Stiftung.
- Van der Linde, C. G. (2011). Literatura urbana en Colombia. Claves para comprender las transformaciones culturales del país. *Análisis*, (78), 89-109. <https://doi.org/10.15332/s0120-8454.2011.0078.04>
- Vanegas, N., Vera, S. y Cano, M. A. (2020). Nuestra historia, análisis de la herencia del poder en Colombia. *Saber, Ciencia y Libertad en germinación*, (13), 110–118.
- Villanueva, O. C. (2004). *La construcción del héroe de clase media en las novelas de Álvaro Salom Becerra*. [Tesis de maestría]. Universidad Nacional de Colombia.
- Voinea, C. F. (2016). Computational and Simulation Modeling of Political Attitudes: the 'Tiger' Area of Political Culture Research. *European Quarterly of Political Attitudes and Mentalities*, 5(1), 1-21. <https://www.ssoar.info/ssoar/handle/document/45947>
- Voinea, C. F. (2021). Artificial Polity: Anticipatory Modelling and Simulation of Political Systems. Applications to Democratic Polities in Eastern Europe. *European Quarterly of Political Attitudes and Mentalities EQPAM*, 10(3), 1-24. <https://ssrn.com/abstract=4245073>
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós.
- Zizek, S. (2001). *El espinoso sujeto*. Barcelona: Paidós.
- Zizek, S. (2009). *Primero como tragedia después como farsa*. Madrid: Akal.